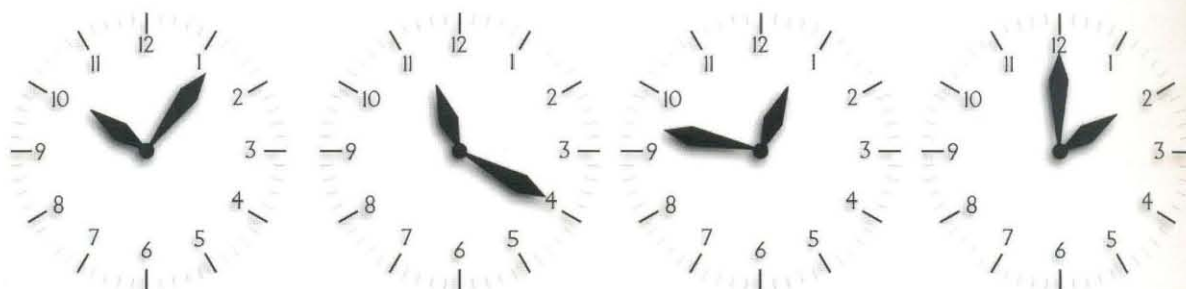


Las horas



El aguacero resbalaba por el empedrado, apenas una sorimba debilucha tamborileando en el cristal del dormitorio. Juana aguarda junto a la ventana. Contempla su trocito de Puerto Santo. Las casas de los Altos parecían despeñarse bajo el agua que corría por el barranco. “Dos horas”, piensa, y vuelve a mirar a Tomás. Escucha su respirar de animalito. “Ya duerme”, dice, y luego: “Él no entiende, nunca entiende”. El viejo reloj del salón va ocupando el silencio.

“¡Déjalo ya!”, eso sólo habla dicho Tomás antes de darse la vuelta para ovillarse en las sábanas. “Pero él lo prometió, Tomás. Él va a volver”, y Tomás se incorpora, le atusa el cabello, toma sus manos manchadas y las besa. “Descansa mujer. Él ya no vuelve”, y Juana ha bajado la cabeza para llorar muy quedo.

A través del cristal ve a un joven subiendo lentamente la cuesta, dejándose mojar por la lluvia. Esta vez no lo va a despertar. Sabe que no es él. Al poco, el joven pasa bajo el zaguán y sigue su caminar pesado calle arriba. Juana vuelve a perder la mirada en la calle desierta. “Déjalo descansar a él también, mujer. No quieras remover las cosas”, le había dicho, y ella se aguantaba las ganas de romper a gritos todo ese silencio. “Él no entiende”, piensa, ahora que Tomás duerme y le sujeta la mano. El viento se cuela por los postigos N, entra arañándole la cara. “Él vuelve”, dice bajito, suelta la mano de Tomás y se lleva la frazada al cuello. Siente el frío entrándole a los huesos.

-¿Todavía anda despierta, madre?

Juana se vuelve y lo ve junto a la puerta.

-Sólo hacía tiempo antes de ir a la cocina. Apenas quedan dos horas para que claree. Esta vez te hiciste de rogar, Alberto.

-Se me hacen las tantas. Usted sabe... no es como antes, cuando el vino nuevo entraba al cuerpo como agua bendita.

-Ni así cambias. Hasta tu padre estuvo un tiempo buscándote, pero él no quiere saber. Se cansó -Juana extiende su brazo hacia el anciano-. Míralo ahí. Ya duerme.

-El viejo lleva la pasta de los santos. Parece que no se rompe, pero adentro es sólo polvo de yeso.

-Siempre te perdió la lengua, Alberto. Luego de todo lo que hizo por ti. Eres mal agradecido como la tierra. ¿A qué viniste?

-Sentí que usted me andaba llorando. Sólo me pasé a verla. Ya casi me iba.

-Quédate un poco, voy a encender el fuego. Afuera hace frío. En nada te preparo un caldito para que sientes las madres.

Juana se acercó a la cómoda, miró un instante el retrato, y tomó la vela que lo alumbraba. Tomás dejó escapar un gemido y se volvió del otro lado. “Ahora duerme”, le dijo, cubrió sus pies con la frazada y se fue en silencio hasta la cocina. Cuando llegó, él ya estaba sentado a la mesa jugando a deshacer la miga de pan para luego reunirlos en mantenerlas.

-No sé cómo lo hace, madre. Siempre consigues que las cosas me duelan.

Juana atizaba el carbón con un hierro. Parecía que escampaba, aún se escuchaban las últimas gotas M aguacero picoteando el techo de zinc. Alberto se acercó al calor de las brasas y extendió sus manos. Juana lo miró y pensó que su rostro se humanizaba por la luz de las llamas.

-Pareces más flaco. ¿Te dan de comer?

El caldo hervía en el puchero de barro. Alberto le sonrió.

-Qué preguntas hace, madre.

Ella quiso posar su mano en el hombro del hijo, pero sintió que debía detenerse.

-Tú sabes bien que él te quiere. A su manera él...

-Lo sé. Lo sé.

-No sabe esperar. Es sólo eso. Tu siempre prometías cambiar, pero él no entendía. Es sólo eso.

Juana apagó el fuego y acercó un cuenco humeando a la mesa. Estuvieron un tiempo así, mirándose en silencio.

-¿Quién los avisó?

Juana se movía intranquila en la silla.

-Una mujer que decía conocerte se cruzó con tu padre en los Altos, y se lo dijo sin más. Le dijo que andaban buscándote.

-Pobre diablo.



-Con lo puesto se fue a donde los Déniz. Se dobló frente al *viejo*. No le importó rogar y hasta llorar, pero el anciano no prometió nada, dijo que ya eran muchos los que se jugaban tu suerte.

-¡Qué remilgos por estrenarles una hija!

-No eres bueno, Alberto.

-¿Usted también, madre?

-Él a su manera te perdonó la mala sangre, sólo que no sabía cómo decirlo. Tu padre no es de muchas palabras.

El joven sacó los ojos del cuenco para abandonarlos en la anciana que tenía enfrente.

-Me acuerdo mucho de usted.

Juana lo sentía lejos, entonces quiso llorar pero no pudo.

-¿Adónde te torciste, Alberto?

-No diga esas cosas... Ahora que vine por usted.

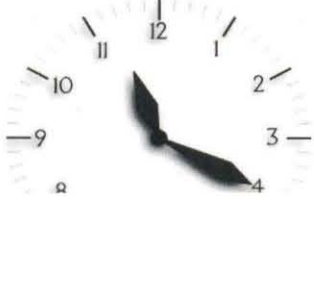
Las brasas andaban enfriándose en el hornillo. Juana escuchaba al viento sisear bajo la puerta. Él se levantó y la miró con tristeza.

-Cúidese, madre.

-Ni siquiera has probado el caldo.

-Otra vez, con más tiempo.

Juana lo acompañó al zaguán. Empezaba a amanecer en Puerto Santo cuando Alberto dobló por una calle del sur. No se volvió a saludar. Ella cerró la puerta y regresó por el pasillo con la vela encendida. La luz entraba mansa a la habitación. Tomás aún dormía. Sobre la cómoda descansaba la foto amarillenta del hijo en un viejo marco de plata. La miró un instante. "Sí que pareces más flaco", pensó, "sí que lo pareces y le arrimó la vela."



BREVE RAZÓN

No creas a un escritor cuando hable de su obra. Todas sus palabras las dicta la vanidad: ese pomposo centinela de escaso talento. No leas biografías para entender un libro. No quieras comprender al principio, no analices si antes no has vivido. Todo eso mata el placer de la lectura. Piensa que nadie en su sano juicio malgastaría largas horas ante un papel en blanco, si no pretendiera alcanzarte, enredarte en su red de palabras. Pero si lo que preguntas es por qué escribo, permíteme responderte con una pregunta más sencilla, y asaz compleja: ¿Y por qué respiramos? Hagamos una cosa: dejémoslo todo al misterio.

*Nació en Santa Cruz de Tenerife en 1965. Ha publicado la novela *El Pasaje*, en Ediciones La Palma y el cuento *El Jardín de los Durmientes* (Premio de cuentos "Ciudad de La Laguna" 1996).